

diencia, paciencia, dulzura y humildad, sin que en todo esto se pretenda más que una sola cosa: amar, realizar un acto de amor, destruir un obstáculo que hay para el amor, ó favorecer el amor y la unión con Dios. ¡Admirable unidad y único punto de partida, principio luminoso, fuerza tanto mayor cuanto es más reconcentrada; punto de vista siempre el mismo, sin división, sin distracción de la fuerza, de la atención, del corazón ni del alma!

Observad, por último, que Nuestro Señor no vino al mundo sino para hacer que se amase á su Padre, de cuya belleza era figura, y que en último resultado una sola cosa nos recomienda: amarle sobre todo, y por Él todo lo demás. Este es el resumen de su doctrina: «Permaneced en mi amor.» *Manete in dilectione mea.*

Ese estado es el que pide: el único que recomienda como estado, como hábito, porque no es otro el centro, de toda la vida cristiana y sobrenatural, y desde el centro fácil y ciertamente se va á la circunferencia, porque sobre todos los puntos se hallan radios.

Por lo cual os aconsejo que os fundéis perfectamente sobre este principio, y lo erijáis en punto de arranque para la reforma de vuestra vida y para el trabajo de las virtudes y de la santidad; supuesto que (y así terminaremos en conformidad con lo que decíamos al principio) la reforma de las costumbres, la santificación de la vida, la adquisición de la santidad de Jesucristo es el fin de la oración y de la vida religiosa: *Estote perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est.*



## ¿ME AMA DIOS?

**P**Ocas veces se hace uno esta pregunta, y no se hace bien en ello; porque si es bueno interrogarse acerca de si se ama á Dios, también es muy provechoso convencerse de que Dios nos ama.

I. ¡Sí, Dios nos ama! Nos ama con amor eterno, sin principio ni fin, ni sucesión, ni alternativas; en su amor somos eternos. Desde siglos y siglos eternos, antes que nosotros fuésemos, Dios nos había concebido en su pensamiento y querido en sus decretos, y estos pensamientos y decretos eran de amor!

¡Ah! Nunca le amaremos como nos ha amado; pues aunque dilatemos nuestro amor, le extendamos y llevemos más allá de todos los límites, siempre le debemos reconocimiento, continuamente le seremos deudores de amor. ¡Ay! ¡Ni siquiera le amamos durante los pocos instantes de esta vida que nos deja para mostrarle libremente nuestro reconocimiento, mientras que Él, sí, Él nos ha amado durante toda la eternidad! Ahí tenéis la causa de aquellas inconsolables lágrimas de los Santos en la tierra; porque si apenas basta el presente para res-



ponder á su amor actual, ¿cómo satisfacer tanto peso de amor acumulado durante siglos? Esta impotencia para amar bastante y reparar su falta de amor es el tormento de los Santos, que permanecen inconsolables, en tanto que el mundo nada entiende de sus lágrimas.

En cuanto á nosotros, estoy persuadido de que apenas lloramos nuestros pecados para lograr que se nos perdonen; mas los Santos lloran por no haber empleado todo su tiempo en amar, pues si es que han ofendido á Dios, sus lágrimas entonces no se agotan. Mirad á San Pedro, perdonado, confirmado en la gracia, Jefe de la Iglesia, cómo lloraba sin cesar, en términos que la aurora le encontraba de rodillas y bañado en lágrimas, que habían abierto doble surco en sus mejillas adelgazadas por la llaga incurable de su arrepentimiento. ¡Oh qué miseria la nuestra! Cuando más, algunos actos de contrición para reparar el amor perdido, las ofensas al amor. ¡Ay de mí! que el amor es quien enciende y alimenta el fuego de los condenados, pues su pesar más acerbo consiste en no haber amado!

El amor eterno de Dios se nos ha manifestado mediante los beneficios del tiempo, pues no existimos sino por una benévola creación del amor de Dios, y nuestra conservación la debemos á que nos lleva en sus brazos.

Al mismo tiempo, esta vida no se nos ha dado sino para amar á Dios, en lo cual consiste la perfección del hombre, el cual no es bueno si no ama á Dios, pues este es el fin que el Criador le fija en su liberalidad de amor; por eso parece que si Dios, al crear al hombre, no dijo que esta obra de sus manos era buena, como de todas las demás lo dijo, fué en razón

de que al hombre no se tendría por consumado y perfecto sino cuando hubiese amado á Dios y manifestado con obras ese amor.

Ahora bien: sepamos que tanta condescendencia hay por parte de Dios en querer ser amado de nosotros y en darnos la facultad y la gracia de amarle, como en amarnos Él mismo y en llenarnos de demostraciones de ese amor.

II. Creados en su amor, su amor es quien nos rescata; condesciende con nuestra naturaleza, según la necesidad de nuestro corazón, y como nuestro amor se ha materializado y solo ama lo sensible, Dios nos acepta como somos y se sensibiliza para reemplazar en nuestro amor los ídolos sensibles á quienes lo habíamos consagrado.

Asistid á este consejo de amor: «¿quién de nosotros irá hacia el hombre?» Esto es: ¿cuál de las tres Personas divinas, eternas, espirituales por esencia, se hará amor, amor humano, sensible y visible para ganar al hombre, ya que su corazón sólo por este medio es conquistable? — Y el Verbo se hizo carne; *Caro*; no se ve ni se oye más que amor; esa misma palabra lo indica; hubiera podido el Espíritu Santo decir *homo*, se hizo hombre: mas no, sino que dijo *carne*, que es un amor sensible y más conforme con nuestro corazón de carne: *Caro factum est*.

Y Jesucristo no es sino el amor de Dios humanado, comunicado al hombre por todas las maneras, bajo todas formas y en todos los estados para probarle el amor de su Criador. ¿Cómo dudar de que Dios nos ama, habiendo venido el Verbo á decirnoslo con su palabra, sus ojos, su corazón y con todo cuanto el hombre puede sentir y comprender?

Tan solo vino para decirnos esto: *Sic Deus dile-*



*vit.* «¡Tanto amó Dios al mundo!» Nos ama, sí, nos ama en Dios; es decir, infinitamente!

Acogió en su corazón todos los amores que nos conciernen, y nos dió muestras de ellos.

Como el amor de los padres es el más natural y poderoso, porque radica en la sangre y en los orígenes de la vida, Jesús se llamó Padre nuestro y se hizo nuestro Hermano.

Por ser una forma del amor la amistad que se funda en la igualdad de posiciones y caracteres, hízose amigo nuestro. — Como el amor de los padres supone alguna desigualdad, cierta distancia formada por el temor y el respeto, nos amó como hermano y como amigo, para suprimir toda distancia y distinción; por consiguiente, igual condición, igual nombre, la misma mesa, la misma vida; por manera que si quiso nacer niño y pasar por todas las edades de la vida, fué para que en todos los estados y en todas las épocas de su vida tengan en Él todos los hombres un hermano y vean el amor de Dios humanizado y se mejante á ellos.

Mas no bastaba hacerse semejante á nosotros en naturaleza, sino que también era menester que participase de nuestros sufrimientos, penas y miserias, para que nos oprimiese la evidencia y nos forzase á exclamar: «¡Si, Dios nos ha amado!»

Y en verdad lo ha hecho; ha tomado sobre sí todos mis crímenes y los ha llevado solo, aceptando el castigo terrible de ellos: penas interiores, dolores en su alma, sufrimientos horribles en su cuerpo, su pasión interior y su pasión exterior: esas son las pruebas de su amor. ¿No es bastante? ¿Se rechazará un amor que se demuestra con el sufrimiento y la muerte? ¡Ah! ¿Pues quién hubiera hecho lo que Él?

¡Nadie, ciertamente, nadie! ¿Y habremos de ser injustos con Dios singularmente, rehusando declarar que nos ama?

III. Sí, nos ama, sin que le baste amarnos en general y en conjunto; pues aunque esto ciertamente fuera mucho y por demás suficiente para salvarnos, quiere, con todo, llegar hasta el extremo del amor infinito, y nos ama personalmente, particularmente, como si cada uno de nosotros estuviese solo en el mundo. — Si dijese a cada uno de vosotros: Dios ha querido amarte entrañablemente, y para demostrártelo ha creado este mundo con sus maravillas, nada más que para ti, porque tú solo le bastas, que por ti mismo eres el fin de todas sus obras de naturaleza, gracia y gloria; y si á esto Dios añadiese: «por ti entregaré á mi único Hijo, que me irá por tí, para quien establecerá la Iglesia y sus Sacramentos, así como también para ti permanecerá en el Santísimo Sacramento hasta el fin del mundo, continuando en él su vida de amor para ti, renovando sin cesar su pasión y su muerte de amor por ti, y todo esto únicamente por tí,» si esto se os dijese y os lo asegurase Dios mismo, ¿lo creeríais? Mas ¡ay dolor! ¿Qué responderíais si después de eso fuera preciso declarar que á pesar de todo no le amaríais, y que tanto esfuerzo no sería suficiente para conquistar vuestro corazón?

No; ya sé que no responderíais, sino que bajaríais los ojos y os avergonzaríais, sintiéndooos peores que los mismos demonios.

Pues bien; á pesar de todo, es así. El amor de Dios es personal en cada uno de nosotros, pues en todas sus obras sólo ha tenido en cuenta á cada uno de nosotros, y al servicio de cada uno ha puesto to-



das sus criaturas, todas las gracias, todas las maravillas de éstas y todos los tesoros de la santificación; por manera que cada uno de nosotros debe exclamar con San Pablo: *Dilexit me!* ¡Me ha amado, á mí, á mí solo, y para probarme su amor se ha entregado por mí, por mí solo, á la muerte de cruz! ¡Con cuánta mayor razón no habrá hecho para mí, para mí solo, todo lo demás, lo visible y las cosas invisibles!

¡Y todo ese amor de Dios viene á reunirse, á condensarse, á afirmarse en el don que Dios me hace de su Hijo, y que de sí mismo Jesucristo me hace en la sagrada Comunión; yo soy su fin, y en mí, á quien se dirige, se termina! Luego todo ha sido para mí, para mí solo todo cuanto desde el principio del mundo, y aun antes, ha preparado ese don de amor personal que me entrega, consistente en su cuerpo, sangre, alma y divinidad y en todo cuanto es y tiene, ya que todo viene á parar en mí, en mi corazón, en mi alma. Cristiano, ya sabes lo que vales: ¡lo que Dios! *Tanti vales, quanti Deus!*

Así es que, después de tanto amor, comprendo el infierno. ¡Y no amamos á Dios! ¡Fuera cosa de arrancarse la vida por vergüenza y desesperación para castigar en sí propio tamaña ingratitud!

¡Más el hombre no ama á Dios! ¡Le ofende! ¡Ay! ¡Ay! ¡Quién diría que por tanto querer cae Dios en menosprecio: no parece sino que lo procura! ¿Acaso permitiríais que de este modo os despreciasen ó insultaran vuestros hijos ó subordinados?— Pues Dios colma al hombre de bienes y le abruma á fuerza de mercedes, á pesar de su pecado, no obstante sus pecados de todos los días. ¡Todo para que retorne y se dé por vencido!

¡Si no amamos á Dios, por fuerza tenemos corazones de demonio!

Mas Nuestro Señor tapa á los ingratos, los excusa: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». ¡Y eso mientras ellos le maldicen! ¡No, Dios no tiene dignidad, ni honor; no tiene más que amor!

Por boca de un poseído gritaba el demonio un día: «Hombres, es mucho lo que Dios os ha amado!»

¡Cierto! Dios, bondad suma, se ha engañado. ¡Nos ha amado con exceso! *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos...*







## ¿AMO YO Á DIOS?

**A**MAMOS á Dios?—Esto es lo único necesario; y hay que responder categóricamente, sin vacilación ni rodeos; sí ó no: ¿amamos á Dios?

Porque no hay término medio; se le ama ó se le aborrece: ¿le amamos?—Decir sin temor que sí, fuera proclamarse santo y coronarse á sí mismo; luego la respuesta consistirá en ver si no se le ofende, y mejor que en esto, en observar si se porta uno con delicadeza en cuanto á Él.—Amase á Dios cuando se tiene delicadeza respecto á Él; pues el amor no es más que la delicadeza de la fidelidad, de la generosidad y del honor.

I. ¿Tenemos la delicadeza de fidelidad de un buen doméstico para con su dueño?—Por lo menos, líganos á Nuestro Señor el deber de obedecerle. ¿Qué menos puede exigir? Le debemos una obediencia absoluta, sumisa, sin límites; una obediencia pasiva; lo que se da á los amos en la tierra. ¿No vale Dios lo que uno de éstos? Dícenos Dios que tal acción le hiere en su autoridad, se opone á sus designios, y sin embargo, la ejecutamos. ¿Hay aquí



fidelidad? ¿Es esto delicadeza? Por ello mereceríamos ejemplar castigo, porque Dios no puede permitir, sin dejar de ser Dios, que sus leyes se infrinjan impunemente. — *Morte morieris*. De muerte morirás; tal es el fallo que contra nosotros pronuncia la justicia siempre que violamos la autoridad de Dios. En cambio, si no le desobedecemos, nos recompensa: ¿qué dueño se contentaría con pedir tan poco como Dios, suma bondad?

¡Ay dolor! Escrito está que sus propios servidores y familiares serán los enemigos del hombre. Pues bien, no permitamos que estas palabras tengan cumplimiento en contra de Dios, y armémonos de aquella delicadeza de la fidelidad que guarda exactamente la ley, toda la ley, porque no es otro el deber que nos impone el título de criatura, y en su cumplimiento reconocemos antes que en nada si amamos á Dios.

II. También hay que tener la delicadeza que para con sus padres tienen los hijos: ¿qué signo tan indudable del amor de un niño como su delicadeza filial que, sin contentarse con el deber, indaga y adivina lo que agrada ó disgusta para efectuar lo uno y evitar lo otro? Conforme crece el alma en piedad, adquiere mayor delicadeza, porque ésta florece y se dilata naturalmente en el amor; así es que un alma delicada logra evitar los pecados veniales con igual solicitud á la que otros emplean en huir de los mortales, y algún pecado que por su índole no exceda de venial, es mortal para su corazón.

Rehuye la filial delicadeza todo cuanto pudiera desagradar, aun cuando no fuese pecado. ¡Oh cuántos se evitarían, si hubiese delicadeza!

III. Más que esos hijos de familia somos nos-

otros por nuestra cualidad de religiosos, que nos une con Dios mediante una elección recíprocamente libre.—Nos ha llamado Dios, nos ha enamorado, desposado nos hemos con Él; luego las relaciones que con Nuestro Señor debemos tener son las fecundísimas en delicadeza del esposo con la esposa.

Mas esto pide una pureza incomparable, porque según el grado de ésta, es más ó menos íntima la unión con Nuestro Señor, que se niega á morar en una casa llena de pecados veniales, y con personas que se cargan de ellos sin notarlo y con tanta facilidad los cometen. A más perfecta pureza que el sacerdote mismo está obligado el religioso, porque vive con Jesucristo, con quien sostiene relaciones continuas, y Nuestro Señor no puede sufrir la vista del pecado venial: ¿querriais convertir la cámara del Rey en un hospital de leprosos?

¡Ah, sí! Sed delicados en la pureza de vida, en pureza de conciencia, y no procuréis tanto adquirir esas virtudes que os coronan ante los hombres y á vuestros propios ojos como el ser puros. Trabajad en preservar y aumentar vuestra pureza, y ni aun la apariencia del pecado toleréis.

Ama Nuestro Señor á María, á San Juan, á los niños, con amor de complacencia, porque son puros; mas este amor es sólo para la pureza, pues á los de más muéstrales compasión y misericordia.

¡Ah, sí! Sed puros; huid de la más leve mancha como de una serpiente, y sed en la pureza delicados. Ahora bien; para ser delicado en la pureza basta amar á Dios, suma bondad, más que á sí mismo y más que á todo; pues es claro que no ofenderá quien ame de esta manera, y se horrorizará de contristarle; la pureza nace espontáneamente del amor



y no se aprende como una ciencia, sino que es inspirada; se la siente, y la produce el amor á manera de límpida y hermosa llama suya. — Cuando se ama verdaderamente se lleva la delicadeza hasta la severidad, hasta lo último, porque el amor delicado aborrece la mixtura, disipa lo nebuloso, sólo puede vivir en la pureza.

La luz perfecta fué la primera creación de Dios, y también es la luz lo que ante todo crea Dios en el alma; en la luz hemos sido bautizados, é iluminados llamábanse en otro tiempo los recién bautizados. Dios no trabaja sino en la luz, y la luz no es otra cosa que la pureza del amor.

El estado de gracia no es sino pureza, y obtiene el cielo para los revestidos de ella; en cambio, aunque tuviese yo todas las virtudes y llenase el mundo con mis milagros, si carezco de amor, es decir, del estado de gracia y de pureza, todo ello para nada me serviría.

La santidad, por consiguiente, no es sino el estado de gracia purificado, iluminado, embellecido por la más perfecta pureza, exento, no ya de pecados graves, sino de las más leves faltas; no es más que la pureza de la luz preparada para la gloria y la visión de Dios.

El mártir purificado por el fuego va al cielo derechamente, en virtud de su pureza perfecta. Pues bien: el trabajo de la gracia en nosotros consiste en purificarnos de continuo: mas no opera en nosotros sino después de habernos purificado, pues lo mismo que la llama, comienza por hacer que caiga el orín del hierro y luego, abrasando á éste, lo transforma en fuego ardiente por haber simpatizado por completo con ella, y de igual modo se observa que

antes de abrazarse al leño le seca y deja vacío de toda humedad. — Purifícaos de continuo cada vez más, y la pureza os convertirá en santos, pues cuando estéis puros de todo mal, Jesucristo os llenará de todo bien y de sí mismo, supuesto que entra en nosotros y nos da su vida á medida del abandono que de la nuestra hacemos, y en la proporción en que nos sacudimos del pecado: *Dilata cor tuum et implebo illud!*

¡Si sois puros y sin cesar os purificáis, amáis de verdad á Dios, y todo consiste en eso!

